

Tu fuego me reconecta con la savia de la vida.
Me acaricias haciendo crecer flores
en mi espalda, te instalas
en el paraíso de mi memoria
y te conviertes lentamente
en la única palabra que me nombra.



Lau Moya, Bogotá



En este número

Candy Bujalance, Ánimo, Francisco J. Segovia, Elena Bravo Delgado,
Alberto Fernández, Zulma Martínez, Santiago Bermúdez, Fermín Á.
Beraza Comas, Amelia Apolinario, El Rincón de Cristiane, Takumi Kurai,
Jonathán Luna, Jose Mario Hernández G., Emmanuel Solano Argüello

CANDY BUJALANCE

Barcelona

Familia casa árbol

—¿Por qué nos tenemos que ir de casa, Enri?

—Porque no es nuestra, cariño. Es de unos señores que la tenían vacía y los papas, cuando no pudieron pagar la otra en la que estábamos antes, tuvieron que irse.

—Le limpia con la manga el resto de lágrimas almacenadas junto a una aleta de la nariz. El niño le acaricia con los yemas de los dedos los carrillos, le masajea el cráneo.

—Tú no te acordarás, porque tenías meses, pero en la otra papá estuvo muy triste.

Me iba a buscar al cole y me llevaba al parque.

Me quedé sin poder ir a karate, ni a fútbol.

Me decía que unos hombres malos habían cerrado el sitio dónde trabajaba.

—¿Los hombres malos que venían a darnos dinero por irnos?

—inquirió incorporándose el más pequeño.

—No, otros. Hay muchos hombres malos, Enri.

Esos eran los del banco malo. Ese banco que es dueño de este piso. Son señores que tienen

que ser malos, porque, acuérdate de lo que decía mamá, hasta los más malos tienen hijos y les tienen que dar de comer, y para comer se hacen cosas muy muy malas, como echar a la gente de sus casas.

Aquí el niño se detuvo. Estaban por llamarlos otra vez. La habitación era el colmo de lo infantil: paredes de gomaespuma con dados de colores pastel, cada inicial con su símbolo para aprender las letras, C de Casa y una casita humeante, P de pastel y un pastel como ese que llevaban a las reuniones de la plataforma cuándo alguno del grupo conseguía parar un desahucio.

Fuera sentían carreras de zapatillas deportivas, medias piernas que se veían por debajo de la puerta biselada. Frenazos en seco y cuchicheos tras la puerta. Frente a la habitación estaba recepción, ahora vacía.

—Y si ahora están mirando que casa nos gusta para nosotros, Max? — Enri levantó la barbilla hasta mirar directamente a su hermano.

Este sintió que algo le dolía ahí dentro, como una canica que caía al vacío por un gran agujero. La falta de peso, la inconsistencia. Era una sensación rara, muy rara y no sabía como explicarla. Estaría mal hacer llorar más al peque. Ya se decía que no era un juego. Que no podía ser un juego porque era un juego cruel, no hacía gracia ya, como cuándo vieron una cigüeña matar a sus polluelos porque no tenían todos para comer.

Los banqueros no tienen corazón, le decía su madre.

—¿Cómo pueden vivir sin corazón, mamá? — le preguntó el día que recibieron la primera carta de aviso de desahucio.

—Es un decir, pero mira, lo que hace de una persona ser persona es saber o no ponerse en el lugar del otro, no querer pisarla porque todos hemos sido familia en algún momento.

Su mamá se había desplomado en el sofá y cerraba los ojos. Su padre dio un portazo rumbo al bar de los chinos, a mirar con los ojos vacíos la tv desde la barra oscura del fondo.

— Incluso Pep, ese que te quitaba los juguetes — continuó su madre aquel dia. — Incluso Pep. Y los que piensas que no se parecen a ti, los hijos de Juan, los del Bazar Chino, Nicolai y los senegaleses amigos de Mamadou. No se parecerán en su piel, o la forma de la cara, pero hace mucho tus tatata....abuelos y los suyos venían de la misma familia pero de lugares diferentes. Ahora sentía el corazoncito sincopado de su hermano, su cuerpecito hipando de llanto contenido, su carita de sueño y dolor.

— Pupa, pupa!!!! — chillaba cuándo sacaron las maletas con sus peluches, su manita agarrada al trolley azul chillón de la patrulla canina. Era una película, seguro. Se despertarían y ya todo volvería a ser como antes: su mamá les acompañaría a aquel colegio cerca de casa de los abuelos, iría al comedor con Enri, por la tarde al parque con el yayo y a merendar con papá. Las tareas, ya en su casa, aquella que los papas decían que era suya, la que tenía rejas doradas y un balconcito con las bicicletas colgadas del techo. Que nunca se irían de allí, pero los vecinos les dejaban papelitos bajo la puerta: paga cabrón! Eso lo había entendido. Tenían que subir por las escaleras, pusieron llave en el ascensor: les escupían en la puerta. En el colegio ya no podían quedarse en el comedor. Papá les llevaba a veces con un tupper al parque, al de las mesitas con emparrado dónde habían celebrado los cumpleaños de los amiguitos de Enri.

Ya no los invitaban. Les dijo que iban a empezar en otro colegio, que que más da, que él se había criado en el colegio público y que harían nuevos amigos. Lloramos mucho. Estuvimos con fiebre, pero yo a veces no tenía. Decía que si para estar con Enri. Era como si cuidara de mi

mismo pero más pequeño, con su peluche de Totó, el elefante siempre colgando, los mocos secos y los rizos de bichillo malo.

Los mayores si que estaban malitos. Mamá no paraba de fumar y se discutía con la yaya todo el rato. —Te vienes aquí pero sin el inútil ese. Ya te dije que pasaría esto— le dijo la yaya a mamá. Mamá casi no comía, fumaba y fumaba. Nos dejaba con la yaya y se iba a repartir currículums.

A veces los mayores se piensan que no estamos allí. Pero las palabras que dicen en voz baja, las que van hacia dentro, son las que más importan, por eso no quieren que las oigamos y son a las que precisamente prestamos más atención.

Poco a poco el pequeño se estaba quedando dormido. Lo tapó con una mantita en aquel pequeño hogar de diseño: los taburetes azules de Ikea, las cortinas con jirafas y leones sonrientes. Estar allí estaba bien. Un chico y una chica les habían llevado a cocoletas hasta ese sofá; les habían ofrecido un sándwich de queso y un zumo de piña muy ricos. Enri los había comido con las dos manos. Se reían del hambre del niño, que sonreía y pedía más golpeando la bandeja.

—¿Desde cuándo estáis solitos en casa, Max? — Le habían preguntado entre bocado y bocado a una nueva tanda de sandwichs y zumo. Todo era suave, blando, las luces no eran bombillas peladas ni se escuchaban gritos. La habitación olía un poco a ambientador de pino. Le acarició la cara la chica con gafas que le había hecho esa pregunta.

—Tranquilo, no tienes por qué contestar ahora. Come y luego os traemos unas revistas para pintar muy bonitas.

Nos dejaron mucho rato pintando. Yo dibujé una casa: papá, mamá, Enri y yo en la puerta. A la derecha arriba el sol, grande y enfadado. A veces lo que hay fuera está enfadado, tú haces lo que puedes pero el mundo está en tu contra. Eso nos decía papá en aquellas tardes que nos empujaba a los dos en los columpios. Mi sol era eso: mi papá enfadado, con los rayos como sus brazos un poco caídos, sin aquellos bíceps que nos enseñaba riéndose en las vacaciones en Denia, imitando a algún alemán forzudo por la playa.

—Pero papá, si la casa es nuestra, ¿cómo nos la van a quitar?. Yo voy a ir a esos señores y les voy a pegar una patada— Papá se reía con la boca, pero con los ojos tristes.

El sol envía unos rayos amarillos muy gruesos. Apoyé el crayón en diagonal, rascando fuerte. Era un sol de verano en el pueblo de los yayos, el fuego como le llamaban allí, que no te dejaba salir a jugar a pelota hasta las 8 de la tarde. Unas nubes de gominola no se atrevían a acercarse a ese tirano enfadado y le hacían boquita de sueño, angelitos entre algodones, la función de navidad con ángeles con aros de santidad que se enganchaban con una diadema y así parecían niños benditos, como las postales de los santos de la yaya. Todo una farsa les decía papá. Papá

no quería a la yaya, por eso no quería coger el sobre que nos daba con billetes cada semana, pero la mamá luego nos enviaba a nosotros a recogerlo sin que el papa se enterara.

A la izquierda se abrían unas nubes negras con rayos y truenos, las únicas que podían luchar contra el sol y su luz que no dejaba dormir ni soñar.

Su hermano repetía el patrón de siempre: se dibujaba la mano izquierda con el crayón verde, la giraba 30° y volvía a dibujarla. Así hasta que no quedaba ni un agujerito sin verde bosque. Nunca sacaba punta y cada vez los trazos más gruesos y rasposos tejían un mar de manos enredadas en la espesura forestal.

Abajo un camino, ponía siempre un camino, que torcía siempre un poco a la izquierda. Una valla baja, unos postes de madera pintados. El césped estaba segado, como el de la piscina municipal, fresco y con amapolas que sonreían a unas abejas que querían chuparle sus pistilos. Estaban así, detenidas pero yo sabía que eso no iba a acabar bien. En el dibujo era como en esas entrevistas; teníamos que decir lo que nos gustaría que pasara pero como si estuviera pasando. Primero dibujar una familia, luego una casa, por último un árbol.

Que comemos muy bien, que dormimos en una cama buena, con los papas en la otra habitación. Que la mama nos da un besito y también se va a dormir con el papa. Que al día siguiente sabremos siempre dónde estaremos, en esa casa bonita o en otra. Que los yayos nos llevan bollos al parque y que ni papá ni mamá han dejado de hablar.

El camino lleva hasta una casa con la puerta de arco, dos ventanas en la planta baja y dos en la primera. Tiene una entrada también por el lateral, hacia dónde se lleva el viento que no sé como pintarlo el humo negro que sale de la cocina. Una mujer en una de esas reuniones con pasteles dónde todos llevaban camisetas verdes de la plataforma dijo eso: que le había prendido fuego al piso porque prefería morir quemada que dárselo a los hombres malos. Bueno no dijo esa palabra, sino a “esos hijos de puta”, pero mi mamá me dijo que cuando estás muy enfadado puedes decir esas cosas porque si no se te quema la boca y te salen pupas. El fuego sale negro, quema la cocina por dentro. Pero esos los nenes de esta casita no lo saben. Me preguntaron por que tan negro. Les diré que no había otro color más gris, y es verdad. Que no sabía de que color era el del sueño, ese en el que se habían encontrado a sus papás en la cama, dormidos para siempre.

Por no querer ser como aquellas cigüeñas que se comen a sus polluelos, les diría.

Con voz de mujer

Editorial **Ánimo**

Quien me conozca sabrá que no soy precisamente optimista con respecto a las cosas humanas. Ya está aquí el mes de octubre, ya estamos todos en la faena y el cuento sigue hacia delante . Llevo, por cuestiones de salud una vida retirada que es una forma de observar el cuento sin formar parte de él, más que de los consabidos consumos a los que estamos expuestos todos. Ya estamos otra vez en la carrera de la rata y todo es un negocio que deja a un lado los ideales habiendo cada vez menos cosas limpias e inocentes. Eso se observa con claridad a poco que uno tome distancia respecto de los quehaceres habituales. De todas las cosas que hacía hacer la revista es la única que me ha quedado con bien y desde aquí puedo ver cuanta gente grita en el desierto y como, muy pocos, escuchan y dan cuenta de la voz del otro. El resto, como diría un amigo mío, son profesionales que intentan vendernos su verdad, su entelequia o ya simplemente su entretenimiento.

Quiero creer que al final de todo prima el talento y que los jóvenes que hoy en día se dedican a la cosa artística tendrán su oportunidad de llegar al gran público aunque cada sepa menos que cosa sea esa. Las librerías cierran y abren salones de uñas. Estamos preparando para la guerra que ha de acontecer después de un largo tiempo de bonanza. Ya han aparecido en los medios, oficiales y no oficiales, justificaciones para esas contiendas en las que el único que gana es el neutral que nos vende las armas. Los señores de la guerra saben hacer muy bien su negocio habida cuenta que la mayor parte de la población tiene un bajo nivel de estudios que puede ser exacerbado bajo la excusa de cualquier patriotismo.

Esta es la vida. La tolerancia va decayendo y cada implicado solamente en sus luchas por salir adelante que ya es bastante difícil después de tanto liberalismo y de la destrucción sistemática del estado del bienestar a manos de personas que lo venden todo y hacen que pague el inmigrante si puede. Es preciso recordar las conquistas sociales que los años de guerra trajeron a Europa, con ayuda foránea. Y mientras tanto seguimos en la pelea por un plan de vida que se nos escapa a la mayoría y que nuestros jóvenes desprecian como si no hubiera un mañana o siempre fueran a ser jóvenes. Son duras las lecciones que vienen. Ánimo.

Fotografía: el editor daniel Collado por Cristiane Ventre





Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº43 Octubre 2025

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 32 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5
continentes, previa solicitud. 600 lectores directos,
3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante
no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.

EL NÁUFRAGO

Francisco José Segovia Ramos

Yo era un náufrago que habitaba su isla. Solo y desencantado de la vida, mi mirada se perdía en el horizonte, más allá del mar de soledad que me rodeaba.

Nada me parecía suficiente, nada me bastaba. Hasta que apareció un buen día, con su vela dorada y sus ánimos encendidos. Llegó hasta mí y me dijo con voz dulce y cercana:
—Asómate a mi mar.

Me sumergí en sus ojos azules y su espíritu libre. Me insufló sus ánimos y sus ganas de vivir, y me sacó de mi compulsiva depresión.

—No te vayas.

Le supliqué ese último día de despedida.

Sonrió con alegría infinita, como si el pesar y el dolor no le afectasen.

Sonrió una última vez antes de cerrar definitivamente los ojos.
En su enfermedad terminal me arrastró a la libertad. Con una sencilla frase que me liberó y demostró, a la vez, que nada en la vida es más importante que vivirla con pasión.

A su mar me asomé, y en él permanezco, con su recuerdo vivo.

Todo está por terminar (XI)

Con la falta de mi abuela dejamos de acudir con tanta asiduidad al pueblo. A mi padre creo que le lastimaba entrar allí y no encontrársela, al tiempo que veía que la propiedad iba perdiendo su utilidad y empleabilidad habitual. Los quicios de las puertas sonaban con mayor frecuencia, el color de las betas de la madera comenzaba a clarear por la falta de mantenimiento, las telas de araña eran parte del mobiliario... fueron tiempos grises para la casa, pero tiempos aún más grises para mi padre. Por suerte aún no he tenido que enfrentarme a la pérdida de un progenitor, pero el mazazo tiene que ser tremendo, sobre todo en aquellas personas que mantiene los lazos familiares intactos, independientemente del contexto en el que se encuentren. Mi padre es, aún a día de hoy, una de esas personas.

Derrocha apego por el antaño y un respeto, desmedido en ocasiones, por el trabajo de sus antepasados. Él sabía y había compartido un montón de horas en esa propiedad; junto con su padre habían puesto cierres, preparado establos para los caballos, reparado goteras y ahora, cada vez que regresaba, el deterioro se evidenciaba a pasos agigantados. No podía permitirlo. Aquello por lo que los míos habían luchado con tanto ahínco, no podía venirse abajo mientras me quedara una gota de salud y fuerza; y poco a poco comenzó la operación primavera (así es como la llamamos).

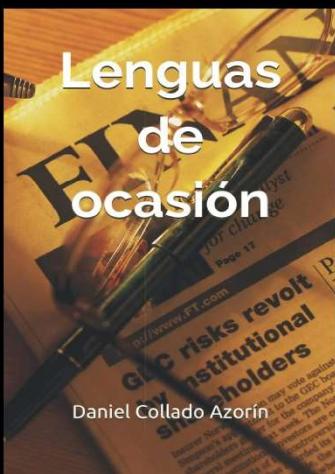
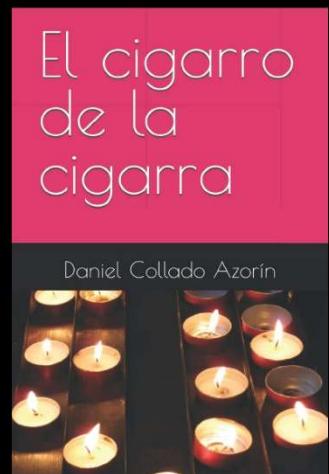
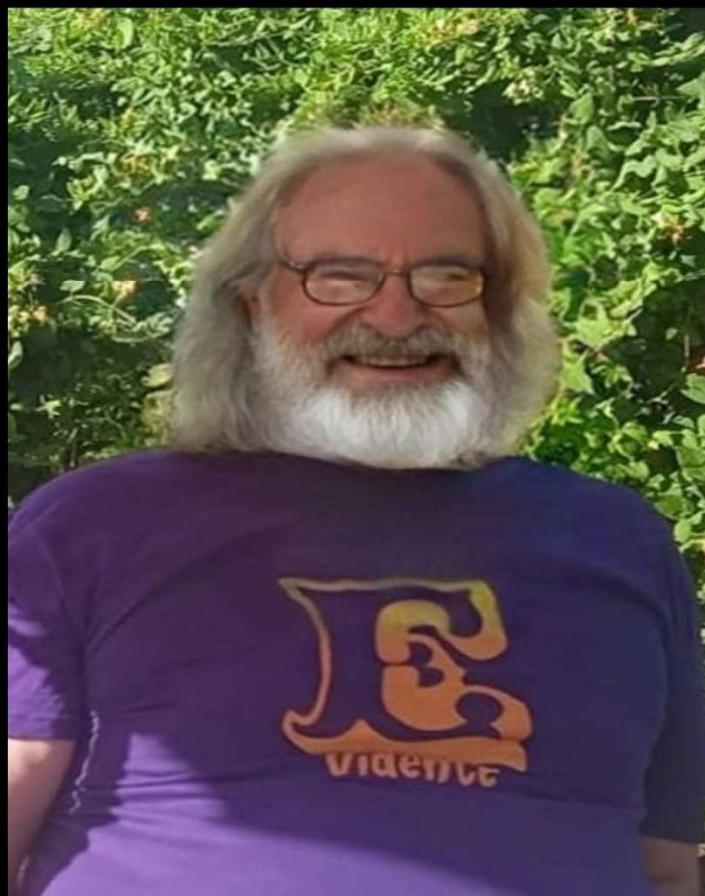
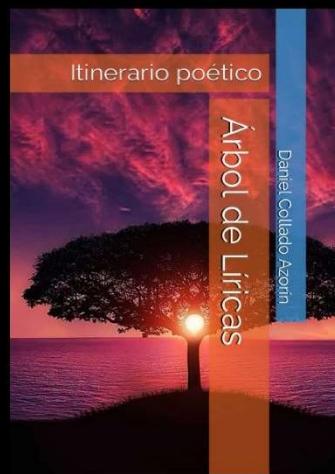
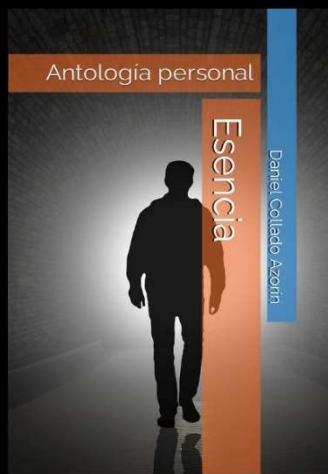
Todo es cíclico, es inevitable el deterioro, al tiempo que lo es la pretensión de mantener algo perfecto todo el tiempo. Pero hay situaciones y circunstancias, que al igual que sucede con las personas, el cariño y el mimo que le pongas a algo, puede hacer que florezca. Y como no sabemos el tiempo que lo disfrutaremos, comenzamos a disfrutar del proceso. A empaparnos de él, a gozar aprendiendo y manchándonos las manos.

Mi padre restauró la totalidad de los muebles que hoy componen la vivienda, y hasta consiguió que mi madre acudiera de nuevo con nosotros algún que otro día, ¡incluso quedarse a dormir! Con la ayuda de un albañil local, adecuamos el exterior. Colocamos un nuevo alicatado en cocinas y baños que fueron totalmente restauradas. Lijamos y barnizamos el solado de castaño, y nos adecuamos a los nuevos tiempos dotándola de calefacción. Unas manos de pintura después, y con unos toques de decoración, se convirtió de nuevo en un hogar.

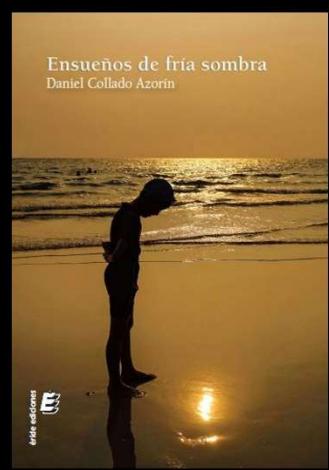
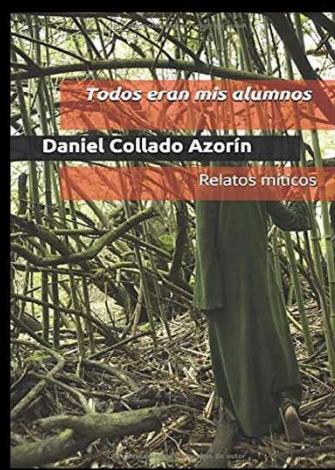
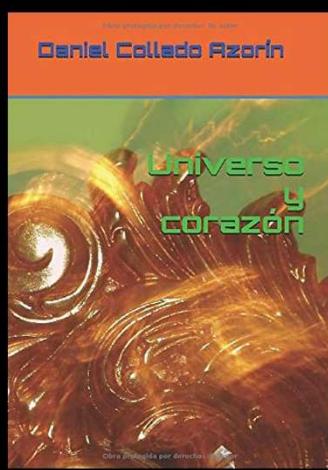
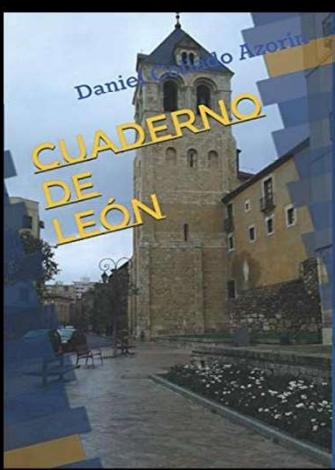
Contemplando la vivienda desde el camino, no puedo cesar de pensar en el antaño. La forma en la que se relacionaban los habitantes del pueblo, y en cómo han ido intercambiando protagonismo las diferentes piezas que componen el programa de vivienda. En aquel perfil de vivienda, la cocina era el centro por antonomasia. La vida social y familiar se hacía en ella, junto al calor de un fuego y con un simple molinillo de café podían pasar las tardes. No había televisores, si acaso algún transistor, ni tampoco empresas de comida a domicilio. Las cocinas se usaban, tanto para cocinar, como para convivir.

Elena Bravo Delgado

Visite la web del editor [escritordaniel.es](http://www.escritordaniel.es)



escritordaniel.es



El niño de las piedras

Juego de piedras, a la piedra loca, a tirarla lejos, a chocarla con tu piedra, a ver si la colamos en aquel agujero o damos a aquel palo. Juego de piedras, simple y tonto, y barato, y entretenido, y aquel chiquillo siempre llevaba tres para jugar. A veces las lanzaba a lo alto y se recreaba en la caída, riendo con malicia cuando se estrellaban contra el andén y se convertían en cuatro, o cinco, o más. Luego, de una patada, las echaba a volar, y planeaban sobre las vías varios metros, perseguidas por su cara de gozo endemoniado. A veces se encorvaba hacia un lado, como si la gravedad le atrajera y él se defendiese, estiraba el brazo derecho, hacía acopio de todas sus fuerzas y, levantando el pie izquierdo esperaba una señal interna que le hacía dar un pequeño salto, y ya en el aire su cuerpo se convulsionaba como si hubiera recibido un latigazo por cordel invisible, y la mano se abría, y la piedra se elevaba lejos y cruzaba muchas más vías, más, más, y terminaba estrellándose contra la tapia del fondo, y a veces hasta la superaba. Pero era más divertido verla estallar hecha añicos, como una estrella lanzada contra la barrera del infinito, o como un cohete de fuegos artificiales en las noches de verano. Siempre tres piedras, yo las había contado, y las tres jugaban al tiempo, se perdían al

tiempo y eran reemplazadas por otras tres. A veces viajaban en sus manos, dejándose acariciar a la espera de la acción que tras un fingido cálculo las lanzaría lejos, surcando la pesada atmósfera del final de ese verano. Tres, como si fuera el número mágico para el juego de las piedras, el número exacto para que no se deseabilizase algún oculto conjuro del chiquillo. Cuando se acercaba algún tren las escondía, mostrando al maquinista las muñecas limpias de maldad, porque nunca las arrojaría contra los grandes gusanos metálicos que se deslizaban con parsimonia hacia la marquesina del fondo, y se quedaba quieto, con las espejantes gafas detenidas en cada una de las ventanillas, como si quisiera asomarse al interior y estudiar de cerca a los viajeros. En otras ocasiones colocaba sus tres piedras en el suelo y jugaba a un truque raro, carente de líneas de tiza, y sus zapatos grandes las deslizaban por la cuadrícula imaginaria, a la pata coja, de baldosa a baldosa, de una en una y luego otra, y la última la tercera, como si también fueran un tren de coches numerados. Si alguna se caía a las vías, dudaba mucho en bajar a rescatarla, miraba hacia todos los lados, como si fuera pecado saltarse la prohibición, pero finalmente lo hacía, cogía esa y no otra, y volvía a formar el trío mágico de pedernales.

Piedras, y no necesitaba más para cruzar las aún lentes tardes de septiembre; piedras... y el embrujo de los trenes, lo único que detenía sus juegos. Sudaba, jadeaba e insultaba a las que no alcanzaban el carril pretendido o se pasaban de largo. Nunca se quedaba quieto, y mascullaba continuamente palabras ininteligibles que debían significar "gol", "a la mierda" o "que te den".

Le empecé a llamar, para mis adentros, el niño de las piedras, un niño grande, de manos grandes que jamás habrían tecleado en ningún miniordenador, que ni siquiera sabrían dibujar más que monigotes con un lapicero, que seguramente no habían estrechado otras manos por el camino de su vida. Piedras, amigas con dedos pétreos que se entendían bien con los suyos, de uñas fuertes y tacto áspero.

Nunca le vi peinado, ni preocupado por no estarlo; para él no existían diferencias entre lo bello y lo feo. La moda y la apariencia no eran necesidades de su mente, espejo quebrado en algún lugar de su cercana infancia, o tal vez nacido con un azogue blando que distorsionaba la realidad que acudía a su crecimiento. Yo sabía que aquel chiquillo de las piedras nunca dejaría de ser un niño, una pincelada escapada hacia el margen de la evolución social, un espectador de la gran mentira tejida sin su concurso, y por ello le veía desconfiar un poco de todo, y frenaba sus movimientos cuando me veía aparecer por el fondo del andén. Yo adivinaba sus ojos mirándome por encima de las grandes gafas, la respiración contenida como un

animal temeroso de ser invadido. Torcía un poco el labio superior, un gesto de preocupación por su suerte. Tenía los labios grandes, y la boca, y yo entendía con ello que me encontraba frente a un ser noble y generoso. También me ocultaba las piedras, bajando la cabeza y disimulando con ingenuidad. Yo me sentaba distante de él. Me gustaba la paz crecida sobre aquel lugar trenzado de lingotes de acero brillante, y las señales rojas que manchaban la gran fotografía de la ciudad desplegada al fondo. El seguía disimulando, mirándome de reojo, las manos unidas por detrás, dando pasitos cortos y rápidos de uno a otro lado, enjaulado por mi presencia y deseoso de verme desaparecer de allí, pero no lo iba a hacer. Si me fascinaba aquel lugar descubierto por casualidad, era su presencia la que le daba un toque de magia, la que lo convertía en una postal de recuerdo añorado. Desde niño soñé, amé y viví con los trenes arrastrados por poderosas locomotoras de vapor, grandes y densas nubes de humo blanco y crestas negras, virutas de carbonilla revoloteando en el aire que mis pulmones respiraban y que a veces llegaban a cegarme. Ahora ese chiquillo era yo, y sus zapatos grandes los míos, y mi paz su imaginaria mañana de novillos para ver pasar el gran gusano cargado de viajeros con procedencias y destinos fantásticos. A veces reclamaba mi atención con un gruñido que me invitaba a admirar la entrada de algún tren en la playa de vías. Lo señalaba con la mano cargada de piedras, con una mirada vehemente que

se escandalizaba de mi pasividad ante el gran evento que convulsionaba su limbo existencial. Yo entonces le sonreía, y él, olvidándose al instante, bajaba el brazo y se quedaba con el cuerpo torcido, recortado contra los mares septembrinos, mirando pasar el tren, la cabeza echada hacia adelante, el gozo a punto de hacer explosión en sus sentidos y eliminar los extraños brillos de su razón. El mundo se detenía a su alrededor, dejando que los pequeños chirridos y traqueteos marcaran el ritmo del bombeo de su sangre, temiendo yo que, si aquel tren se llegara a detener, su organismo también lo haría.

Era verano, y las tardes se dilataban en largos sopores y rojos de sol que agonizaban despacio y se pertrechaban detrás de algunas nubes restregadas de malvas y negros mate. Cogí gusto a ese punto de encuentro con la fantasía de los trenes y sus buches cargados de cientos de historias desconocidas, a ese punto de la ciudad desde el que se dominaba la maqueta de barrios del fondo con el destello de sus incontables cristales que se tornaban en oro viejo con la llegada de los primeros bostezos del día. Cogí gusto a ese final de andén al que nadie se acercaba y en cuya punta de flecha me sentaba dejando colgar las piernas y también el alma, y no me cansaba de observar al niño de mente lenta y juegos rápidos. Con el paso de los días se fue acostumbrando a mi presencia, atreviéndose a no huir de mi mirada, lanzándose de vez en cuando alguna sonrisa de complicidad, los labios gruesos,

los dientes grandes. Yo empezaba a ser parte del protocolo de sus juegos, el punto de arranque a la primera andanada de piedras contra la tapia del fondo. Detrás de la sonrisa de salutación se encorvaba y lanzaba la primera piedra, orgulloso de que mis ojos midieran la distancia de su vuelo, y luego otra, y detrás la tercera, siempre tres. Caían las tardes, entre los chasquidos del pedernal y el humo de mis cigarrillos. Había encontrado mi pequeño paraíso, cercado de tendidos aéreos, postes de luminarias rojas crecidos de un humus surcado de vías y nudos que se me antojaban como un enorme gofre de costuras metálicas. Por arriba pasaban con periodicidad convenida los aviones que la distancia disminuía hasta hacerlos de juguete, y a veces me pillaban tan ensimismado que creía que no lograrían salvar el entramado eléctrico tejido sobre las vías. Desde mi punta de flecha disfrutaba de la llegada de los trenes a la ciudad, cruzando orgullosos frente a nuestras dos figuras, sus robustos músculos contenido la potencia para asegurarse una parsimoniosa entrada bajo la gran marquesina del fondo. De allí partían otros, y algunas manos se agitaban diciendo adiós a las del niño, cargadas de piedras, sin malicia, y que empezaban a imitar a las mías en esa salutación a los viajeros desconocidos. Tímidamente volvía su cabeza para ver si yo le sonreía, y como viera que lo hacía, redoblaba el ímpetu y empezaba a saltar y a gritar diciendo jadiós, adiós, adiós! Otro protocolo más,

aprendiendo a convivir con un extraño que irrumpiera días atrás en su paraíso de juegos solitarios. La voz distorsionada desde los altavoces situados en el interior de la estación le ponía sobre aviso, y ya no vivía más que para ver partir el tren desde el fondo y esperarle con las manos dispuestas a despedirle, no sin antes agrupar meticulosamente los tres pedernales junto a uno de los postes de señalización. Los recogería en cuanto el último vagón se perdiera tras el negro y abandonado edificio ferroviario que se resistía a ser demolido en lo alto del Cerro Negro.

Así fueron pasando las tardes de aquel final de verano en que yo me aliviaba de la tensión de la ciudad acudiendo al andén escapado de la marquesina. Allí estaba el niño de las piedras, como una parte más del decorado levantado entre la ciudad ruidosa del fondo y mis pasos de hombre tildado de poesía. Ignoraba quién dejaba al chiquillo en ese lugar, y a qué hora lo hacía o le iba a recoger, incluso si era real o una simple fuga de mi ideación. No me importaba demasiado; le había encontrado en el andén, como si hubiera nacido y crecido sobre las grandes baldosas. Me preguntaba, no obstante, quién amaba a esa criatura y de qué modo, qué lazos le unirían con el mundo real que tan poco le dolían y prefería formar parte de esa postal ferroviaria. Había sustituido a sus amigos, o quizá nunca los tuvo porque se rieran de su evolución tórpida, por el calor y el color de los trenes. Cuando empezaban a

cabecear por el fondo de la playa de vías, se quedaba quieto unos instantes para asegurarse de que no eran apreciaciones falsas de sus lentes, y luego comenzaba a guiñar nerviosamente los ojos, a morderse los labios y colocar de mil formas posibles la boca, a dar pequeños saltitos en el sitio y a golpearse los muslos con los puños cerrados, y así aguardaba el momento sublime en que su dios metálico recobraba el rumbo firme y se enfilaba a descansar bajo su cielo de cristal, y el niño de las piedras se dejaba invadir por tanta grandeza, y el cuerpo se le serenaba en un éxtasis casi religioso que llegaba a inmovilizarle sobre la baldosa. Sus ojos iban besando, absortos, una a una las ventanillas que atrapaban las irisaciones de los atardeceres de septiembre, y yo hubiera querido estar dentro de la mente del chiquillo, en medio de su concepción mental. Me sorprendía su manera de mirar, como si anduviera esperando una cara conocida asomada al exterior, o a punto de hacerlo, y luego le sobrevenía un gran fastidio mezclado con una pequeña dosis de tristeza que no podía disimular, e inmediatamente volvía a sus piedras y a sus andares descoordinados.

Compartíamos la misma fantasía, pero en él era necesidad, búsqueda, y en mí era añoranza y sueño nostálgico. Para mí el tren también era un dios, una fantástica deidad pagana que arrastraba los destinos de los pasajeros, todos sus pensamientos y sus lágrimas, sus risotadas falsas y las sonrisas francas. Sabía que con su partida se ponía fin

a muchas historias, o se comenzaban otras nuevas, que algunos viajeros llevaban billete de ida y vuelta, y otros sólo de ida. Había aprendido en los andenes de mi niñez, que algunas de las manos y pañuelos que se agitaron en el adiós, volaban por última vez frente a mis retinas mientras sus ojos llorosos se alejaban poco a poco y para siempre, y los había visto convertirse en un puntito nervioso, y luego en nada. Era el tren, ese dios que arrastraba a los humanos en el interior de su buche durante unas horas, o toda una madrugada, y les tenía mientras tanto a su merced, todopoderoso ser que implacablemente cumplía su cometido de arrastre veloz, sin llorar y sin reír. Y era su gran ojo el que barría el camino mientras volaba con sus pies metálicos sobre el carril de hierro, despreciando a los mortales que le adorábamos con nuestros pies pegados a la tierra, unos con mente menguada, otros con el alma tendida a su paso. Siempre que veía pasar un tren me contagiaba de su grandeza y sus aires altaneros, y quería ser él, y tener los mismos bríos para romper el aire, y para no llorar, y para no reír por tonterías que maldita la gracia que a veces me hacían. ¿Y las luces verdes y rojas, y ámbar que nos salían al camino cuando cruzábamos la madrugada? ¿Acaso los dioses también consentían en ser reglados por el mundo terreno? Pero yo había descubierto su punto flaco: les gustaba fanfarronear y darse el postín frente a las gentes que les saludaban desde estaciones, caminos y campos. Ellos también necesitaban de la admiración, aunque fuesen dioses. Yo había crecido, pero

no dejaría nunca de ser un niño detenido y extasiado ante la serpiente digna y elegante del tren. Las prisas profanaban el alma aventurera de los grandes exploradores del mundo, y las autopistas, y los insensatos aviones que reducían las distancias manipulando el tiempo. En ese andén volvía a recuperar mi deseo infantil de montar maquetas ferroviarias, de encarrilar debidamente la pestaña de las ruedas de los vagones, de dar cuerda a la locomotora de hojalata negra y verla partir entre mis piernas. ¡Cuantas veces había viajado en los trenes, asomado a la ventanilla o durmiendo con la cabeza apoyada sobre el regazo de mi madre, mecido por el traqueteo que golpeaba monótonamente mis sentidos infantiles! Mientras ellos se daban a la charla con los ocupantes del compartimento, yo me comía los campos y decía adiós a los torsos desnudos que se inclinaban sobre la tierra, o a los hombres de negro que trabajaban junto a la vía, que supieran que yo era un tipo importante que viajaba en ese dios que no tenía tiempo para ocuparse del paisaje y efectuar paradas allí donde mis ojos descendían como dos cachorros salvajes. Me gustaba cruzar a toda velocidad por el medio de las estaciones abarrotadas de gente, porque sabía que allí había muchos niños de las piedras a los que se les congelaba la sangre a nuestro paso.

Ahora me había hecho adulto, y ya no se me alborozaba el corazón al ser tragado por los túneles, niabría desmesuradamente ojos y boca al despuntar un gran precipicio, ni llegaba a mis oídos el sonido metálico de la

campana que volvía a poner en marcha mi fantasía mientras desayunaba el bollo que mi padre había bajado a comprar a la cantina. Las emociones vírgenes habían sido sepultadas pala a pala, año a año, con las arenas de la sensatez viciada de falsos atalajes. Era consciente de que mi niñez fue más auténtica que mi actualidad encorsetada, que valía más un asombro ingenuo que un escaparate falso. El niño de las piedras no tenía escaparate falso; él no era mercancía. Dios le privó de la armadura social, y se mostraba frágil frente a los que, como yo, invadíamos su inocencia, pero podía soñar con las fantasías que yo tenía archivadas y cubiertas de moho. La sociedad le dejó en su margen, y él se mantenía al margen de la sociedad. Ninguno necesitaba del otro, pero yo apostaba por el de las piedras, por el muchacho que había reducido todos los problemas del mundo a un simple juego sobre el andén. Amor, ecología, trabajo, pasión, religión... Tres piedras. Todos los teoremas matemáticos se asentaban en sus tres piedras, y las leyes del cosmos, y las fisiones nucleares, y la bolsa de Wall Street, y el asunto de la droga. Todo el peso existencial se daba cita en las tres piedras que jugaban al mismo tiempo, que acaparaban sus sentidos y atrapaban la desorganización de sus movimientos. "¿Tienes madre?", le pregunté una tarde, y se quedó muy quieto, con dos piedras en su mano izquierda y la otra en la derecha, mirándome como si no supiese qué era eso, y volvió a sus juegos, pero advertí que eran más tristes y apagados. Seguro que, en

alguno de sus pasos cortos sobre el andén, mientras yo miraba la ciudad apagándose al fondo, él se restregaba alguna lágrima al recordar a quien le dio la vida, y pensé en la mía, y la ciudad se me emborrón de golpe, mezclando soles caducos con cuchilladas blancas que herían mi retina. El pedernal volvió a golpear en alguna zona oscura de mi conciencia, y poco a poco la ciudad apareció al fondo con todas sus luces y sus problemas, incapaces de ser reducidos al juego de las tres piedras. Me sentí pequeño, muy pequeño frente al mundo que aguardaba lleno de chirridos y petulancias fuera de esos andenes. Eran falsas las matemáticas sociales, la tecnocracia que pretendía la felicidad a toda costa, esa que te obligaba a reír mediante clá, la que me decía cuándo tenía que llorar o hacia dónde dirigir mis pasos de hombre gris. Envidiaba la simpleza del niño, capaz de construir un mundo a su medida: tres piedras, y los trenes como mar de fondo. El pedernal seguía sonando en mi conciencia, y yo sabía que era una llamada, un aviso. Chasqueaba y provocaba la estampida de mis telarañas falsas, y cada vez me iban vaciando más y más de mis contenidos urbanos. Encendí el último cigarrillo de mi vida, dispuesto a seguir el camino purificador de las tres piedras, y saboreé como nunca el placer del pecado, y mientras tanto anochecía la ciudad de los mares del fondo, y sus cristaleras espejeaban, y el aullido de sus entrañas era eclipsado por el golpear continuo del pedernal contra las grandes baldosas del andén. "Se ha ido". "¿Qué?", le pregunté

exhalando el humo con lentitud y arrojando la colilla en dirección opuesta al cementerio de sus piedras. "Mi madre; mi madre se ha ido", y cayó la noche sobre la criatura sin madre y los despojos de mi alma, las señales rojas prohibiéndome abandonar el muelle, la colilla agonizando entre dos carriles oxidados. Nunca debí hacerle la pregunta. Dejó de saludar a los viajeros de los trenes, y a saltar buscando algún rostro en las ventanillas. Terminó sentándose detrás de mí, cercando con sus piernas los tres pedernales. "¿Por qué se fue?", se me escapó; era casi un niño. Tardó en contestar, y la luna fue escalando posiciones hasta situarse sobre el entramado del tendido eléctrico. "Se la llevó un hombre. Se fue con una maleta de tres candados, en aquel tren, y extendió su brazo hacia la ciudad, allí por donde la playa de vías se cerraba en el embudo, y entonces lanzó una de las piedras queriendo castigar la historia, o quizá mi curiosidad, y yo volví mis ojos hacia el tren imaginario que se llevó a su madre, y vi los ojos de la mía mirándome desde la distancia. "Mi madre", musité, y el niño lanzó la segunda, y luego la tercera, y luego le oí gemir a mi espalda. No fue a buscar otras tres, y supe entonces que no eran tan mágicas como suponía. Tenían sus fugas: su madre no volvería a buscarle, y el verano tocaba a su fin en esa noche, y la ciudad seguía aullando al fondo y a los costados, y el niño gemía puñales que me herían sin piedad. Me había pasado media vida persiguiendo quimeras y deshaciendo nudos, montando estrategias y huyendo de emboscadas, angustiándome por todo ello, y

ahora me daba cuenta de que eso tenía un sólo camino: tres piedras. Sin embargo, estas no eran eficaces para los asuntos del alma, esos que siempre dejé para sentir en los ratos libres, y ahora palpaba la auténtica realidad de mi ser. Lo del alma era harina de otro costal, y la única solución estaba en beber entero el aciago vaso del dolor, y volví a sentir el llanto entrecortado de la criatura, derrumbado el muro de su frágil mente a manos de ese germen del exterior que se enfrentó a él con una pregunta de ciudad. Pensé que debía buscarme tres piedras para levantar un muro que nos protegiera a los dos de algún otro ser urbano que llegara caminando por el andén, comenzar a olvidar los viejos atavismos, lanzarlas sobre los carriles, contra la tapia del fondo o hacia las garitas abandonadas de la derecha. Olvidar, estrategia del cobarde que siente el miedo del enfrentamiento; olvidar, engaño que esquiva la impotencia de la victoria. Olvidar para no sentir la angustia de la soledad claustrofóbica, el miedo, y aquel chiquillo había despertado el suyo con mi presencia. El foco de una locomotora recortó su silueta desgarbada y oscilante, dándome la espalda. Era el ojo de Dios que le traía su dosis de olvido, y volvieron a embargarle sus rituales religiosos, y luego inició sus correrías persiguiendo al último vagón, y cuando hubo olvidado por completo mi pregunta y su respuesta buscó tres piedras nuevas y regresó al punto de partida. Continué observándole, porque quería medir la mella de la herida de mi presencia, pero ya había olvidado todo, y a veces cesaba

repentinamente sus carreras y se detenía al final del andén, quieto frente a la ciudad iluminada del fondo. ¿Qué esperaba? ¿Qué significaba aquel mundo de luces para el muchacho? No parecía temerle, pero le estudiaba, o quizá andaba vigilando la llegada de un nuevo tren, o buscaba el que se llevó a su madre. Su figura oscilante y a veces congelada en cualquiera de sus desarmados movimientos, me recordaba al borracho de mi barrio cuando bajaba a su casa tratando de no caer de bruces contra la endurecida arena de la explanada, incluso la cara de continua estupefacción era similar al guiñoteo del niño, y a su boca medio abierta medio cerrada, con el labio superior algo elevado sobre los grandes dientes. Los dos recibían una realidad distorsionada. Al borracho de mi barrio era el alcohol el que le permitía olvidar, y por ello Dios le ponía cerca las botellas de vino. Al chiquillo le dejó abierta en la mente sólo una gatera para que no pudiera contemplar por entero la soledad de su abandono, y cerca le puso unas piedras con las que conformar su mundo, y un paraíso sobre el andén de la estación, con trenes fantásticos que le generaban la esperanza de ver regresar a su madre, poner el pie en el pescante, y luego en el andén: primero uno, y luego el otro, un paso, dos pasos, tres, correr al encuentro de su destartalado cuerpo y besarle la frente con los labios que buscaba en cada una de las ventanillas. La espera, pensé, la continua espera del ser humano en los andenes de la vida, pero él tenía más defensa con su mente mermada... ¿Mente? ¿Acaso el dolor lo media

la mente? No, aquel chiquillo sufría con la llegada de cada tren, les hacía fiestas porque siempre esperaba ver a su madre, la cara pegada a la ventanilla, igual que cuando se fue, pero sin lágrimas, y del mismo modo olvidaba con cada tren la amargura de no haberla visto en el anterior. Era una máquina con dos únicos resortes, dos emociones definidas y adosadas, y siempre olvidadas con cada juego de piedras, y por ello Dios se las puso a tiro en el andén.

El verano tocaba a su fin y pronto llegarían las lluvias y los cielos de plomo, y yo necesitaría tres piedras para combatir mis angustias y mis miedos. Quizá hubiera sido mejor que Dios me hubiera puesto sólo una gatera en la mente, que en la Creación hubiera situado seres con gatera para poder defenderse del resto de la Creación, y jugar continuamente en los andenes de la vida a las tres piedras; cuando el amor traiciona, tres piedras; cuando la ruina nos ciñe, tres piedras; cuando el amigo resulta ser un buscavidas, tres piedras; cuando el engaño se teje a espaldas de nuestra ingenuidad, tres piedras; cuando el ser humano desaparece, tres piedras, y esperar a solas a que cese la locura, y olvidar inmediatamente el fracaso de nuestra espera. ¡Qué lástima que hubiera fumado el último cigarrillo! Ya me arrepentía de tamaña decisión; necesitaba otro para afrontar el final de esa noche confundida con el final del verano. Había visto cómo la colilla lanzada contra las vías estallaba en decenas de luciérnagas de rojo brillante, como un pequeño "Big bang" que formaba los mundos, aunque en este caso les ponía el punto final, como el pedernal que saltaba roto en esquirlas contra la tapia.

El niño seguía con sus rituales mientras yo me iba sintiendo cada vez más sólo, y los trenes entraban y salían cada vez con intervalos mayores entre uno y otro, y la ciudad preparaba las almohadas a sus cientos de miles de sueños camuflados entre sus puntos de color ámbar, y el niño buscaba a su madre, y yo pensaba en la mía, y el niño era inocente y virgen en tanto yo era culpable de mi destino, pero ambos estábamos sobre el andén, él vivo en sus juegos, y yo muerto en los míos, quieto como una baldosa, y él saltando y pateando piedras.

Doce campanadas de sonido digital se escaparon de una iglesia agazapada en la ciudad, y de la que yo no lograba ver más que la torre de imitación mudéjar, y mucho más lejos aparecía iluminada la alta espiga de la torre de televisión. Nunca me había quedado hasta tan tarde en aquel lugar, y nadie venía a recoger al niño, que seguramente era capaz de pasar toda la madrugada haciendo lo mismo; no le imaginaba de otro modo. Se había sentado junto a mí, por primera vez, y me había ofrecido una de las piedras. La tomé y cerré entre mis dedos, sintiendo el alivio de quien cree tener cerca la solución a sus miedos, una parte del billete de ida para cazar y dar muerte al dragón. Le sonréi, y el sólo torció el labio y arrugó las narices mientras las gafas encontraban nuevo acomodo en sus facciones. Un avión cruzaba el cielo, en completo silencio, y sus destellos blancos, azules y rojos invadían el azul marino que perdía añil a medida que sus aguas se acercaban a las

playas de la luna. Detrás de las campanadas había llegado un silencio hermético, como si el mundo exterior hubiera perdido el habla, o se hubiera dormido repentinamente. No apagó sus luces, tal vez sorprendido por la muerte repentina. Tampoco escuchaba la musiquilla de continuidad que emanaba de los altavoces de la gran marquesina. Evité volver la cara; tenía miedo de que fuera cierto y me encontrara una estación abandonada. Junto a mí seguía el chiquillo de las piedras, quien me ofreció la segunda en un gesto rápido y vehemente, como si tuviéramos que darnos prisa por algo. "Me llamo Faustino Magaña; vámonos". "¿A dónde?", le pregunté". "Vámonos", y se puso en pie y se acercó al borde del andén, muy nervioso, como cuando cabeceaban los trenes al final de la playa; empezó a mover los brazos hacia arriba y hacia abajo mostrando un fastidio terrible por mi pasividad, igual que cuando yo no prestaba la atención debida a sus dioses de metal. No venía ningún tren, y pensaba que ya no lo harían con el mundo muerto. Debíamos ser los únicos sobrevivientes después de las campanadas de las doce, pero él miraba hacia todos los lados y luego se detuvo con la vista fija en algún punto al final de los carriles plateados de luna, señaló en aquella dirección y empezó a gritar con fuerza, yendo sus ojos de mi figura asustada a la ciudad dormida, y entonces le vi cabecear, recortada la locomotora de vapor contra los reflejos de ámbar,

echando humo blanco que poco a poco fue borrando su silueta. El gran cíclope se arrastraba lento, con el ojo cegado, y había apagado el sonido de sus iras de vapor entrecortado, y el de los grillos de las grandes pestañas contra el carril. Me puse de pie, y el niño me entregó la tercera piedra, la locomotora avanzando, y tras ella tres coches engarzados y oscuros que se deslizaban hasta la espiga de nuestro andén. El chiquillo se santiguó y esperó el encuentro pegado al borde, los brazos laxos y despegados del cuerpo, las manos con tres piedras nuevas a la vista. Le sujeté del hombro y el vapor nos envolvió, borrando durante un par de segundos los límites de aquella realidad ficticia. Cuando me deshice de las vaharinas descubrí una mujer de negro parada en el andén, mirándonos, la maleta de tres candados descansando a su lado, las manos agarradas por delante. "Ve con ella -le dije al chiquillo-, ha vuelto", porque yo sabía que aquella mujer era su madre. Entonces me di cuenta de que la vida bajo la marquesina también había muerto para mí, pero no importaba; con su carrera oscilante, los brazos laxos, las piedras abandonadas, corrió a su encuentro. No vi el abrazo; las lágrimas borraron mi visión, como el vapor de la locomotora, como las emociones cuando era niño y era virgen, y aún era hombre.

T
C

Tres piedras; tenía tres piedras en mis manos, y una ciudad dormida al fondo durante unas horas o una vida. No recuerdo el transcurso de esa madrugada, ni el tránsito del verano al otoño, ni el momento en que mi ser se desgarbaba, pero al día siguiente ya era otoño, y yo jugaba a patear las piedras, a la piedra loca, a tirarla lejos, a chocarla con tu piedra, a ver si la colamos en aquel agujero o damos a aquel palo. Juego de piedras, simple y tonto, y barato, y entretenido, y yo siempre llevo tres, y los ennegrecidos y abandonados edificios ferroviarios del fondo son testigos de mi espera, de la espera de ese tren en el que habré de llegar yo, hecho niño, de una ciudad muerta, de un limbo desintoxicado de teoremas, jeroglíficos y encrucijadas, de un mundo en el que los seres tienen la mente asomada a una gatera. Y mientras tanto corro y salto detrás de los trenes que lamentan mi andén, lanzo piedras y mi cuerpo oscila... los brazos laxos, el cabello desordenado.

Alberto Fernández
González



AUSENCIA

**Zulma Martínez
(Argentina)**

Se desvanecieron mis palabras;
ya no las tengo.
Se extraviaron en el piélago
del sin sentido.
Se borraron de cansancio
de la soleada pizarra
con sus arabescos
de pláticas interminables:
éasas con olor a mar calmo
y sabor a instante dulzón y eterno.
Por alguna razón que no entiendo,
se perdieron en una telaraña
de confusiones,
devoradas por tus silencios
junto a las risas, las miradas, los soles,
las tardes de azules canciones.
¡Ah!, si hoy me dijeras “Hablemos”,
no sabría cómo hacerlo;
mis palabras se ausentaron.

Ya no las tengo.



Los sueños

En camas semejantes a potros de tortura,
sin una cómoda e higiénica pijama,
desplomado por el cansancio como por un
francotirador,
asfixiado por mis propios ronquidos,
mientras mi mente fabrica los sueños
asociando las imágenes más disparatadas,
yuxtaponiendo los escenarios más
exóticos,
reuniéndome con los muertos en un limbo
donde la imaginación confluye con los
recuerdos.
Laboriosos como hormigas, como abejas
mis pensamientos siguen trabajando
mientras mi cuerpo descansa, intenta
descansar,
en sacos de dormir del tamaño de una
faltriquera,
en jergones que largan estopa por todas
partes.
Mientras me revuelvo de un lado al otro
en lechos que parecen sembrados de
espinas,
mi mente fabrica todos esos sueños
extraños
incluso cuando estoy exhausto, cuando
me siento literalmente muerto de
cansancio,
mi mente sigue fabricando todos esos
sueños extraños,
como quien hace trucos de prestidigitación
con la baraja del tarot.

**SANTIAGO
BERMÚDEZ**

Fermín Á. Beraza Comas

(Uruguay)

DE LOS CAMBIOS

Encontré que ciertos académicos se escandalizaron porque algunas personas, o colectivos de personas, querían incluir o adoptar el idioma inclusivo, modernamente así denominado, en su forma escrita (oralmente ya está bastante presente y su práctica es más corriente, aunque no aceptada del todo).

Por cierto que no es necesario retrotraernos a la hipótesis de Heráclito para reconocer que, por lo menos, los cambios se dan no solo en el lenguaje sino en toda la naturaleza. Y en este corto camino desde la vida hasta la muerte no hacemos otra cosa que cambiar, nosotros y todos los seres vivos que nos rodean. Sin embargo, muchos seres se resisten a aceptar que hay un cambio, que somos parte del cambio (incluso argumentan que si todos envejecemos más o menos de igual manera, eso, por sí solo, no puede considerarse un cambio ya que todos vamos por el mismo camino, y, por lo tanto, sin ruptura ni sorpresa en la serie, el cambio no llega).

Algunos científicos, incluso, consideran casi como un descubrimiento el hecho de saber que este hombre universal del siglo XXI quizá no sea la versión definitiva del

ser humano, ya que a veces comprueban con asombro que, en algunos lejanos grupos étnicos, se están dando algunos cambios fisiológicos que indicarían que tal vez, y solo tal vez, la evolución no haya concluido. (1)

A la luz de estos acontecimientos, y de algunos otros, pasaremos a destripar estas hipótesis aunque más no sea por el simple hecho de pasar el rato.

¿Quién puede asegurarnos que la evolución se detuvo?

Da la impresión que el humano moderno, acostumbrado a tenerlo todo bajo control, a pasarlo todo por el microscopio o el telescopio, cree que se tiene que enterar, o alguien tiene que avisarle que la evolución está ocurriendo: ¡él quiere saber qué está pasando!

Si miramos para atrás en la historia, costumbre que no nos haría nada mal de vez en cuando, observaríamos que la evolución, sobre todo la biológica, llevó millones de años. Al parecer, el humano moderno quiere estar al tanto de todos esos procesos que se desarrollaron en un larguísimo tiempo, porque acepta que la razón fundamental de todo ese movimiento no fue otra que la de dotarlo a él de inteligencia, buena presencia y capacidad proactiva, para convertirlo en el ser definitivo, imperecedero, capaz de planificar, si se quiere, hasta su propio sucesor (la inteligencia artificial).

Si consideramos que para una vida humana, un tramo de la historia de diez o veinte mil años es

casi inabordable en su conocimiento y comprensión, imaginemos un millón o dos. ¿Cómo hacer para registrar o medir los cambios que se dieron en un período tan extenso? ¿Quién puede negar que, hoy en día, también nosotros estemos sumidos en

uno de esos extensísimos períodos? Si por ejemplo, dentro de un millón de años algún científico, si los hubiera, analizara nuestra civilización, ¿qué diría?: que teníamos un sistema circulatorio ineficiente, unas extremidades débiles, una visión incompleta o un desarrollo cerebral rudimentario que de poco le servirían en ese mundo del futuro.

Entonces, continuando con el tema cambios, cuya generalidad no excluye si es cambio en el lenguaje, en la vestimenta, las comidas, las costumbres o en la propia biología del ser humano, ¿se imaginan la extrañeza que habrá causado entre sus iguales el primer humano que articuló una palabra, o quizá antes, el primero que se incorporó en dos patas? Todo aquel que pensó o hizo algo excepcional para su época, en definitiva, que quiso cambiar algo, fue, en principio, víctima de escarnio, persecución o, por lo menos, discriminación, así que no debemos extrañarnos que algunos especialistas se escandalicen porque un grupo de personas quiere, por ejemplo, que se quite el masculino de la generalización. Recuerden también que —la historia no deja mentir— más de una vez se quemaron personas por pensar distinto, y las costumbres y culturas se modificaban (y se modifican), generalmente, solo por interés y conveniencia de los poderosos de turno.

El punto aquí es ¿por qué nos resistimos a los cambios?, ¿por qué nos cuesta tanto cambiar? Y la teoría neurocientífica que asegura que el cerebro se acostumbra a las cosas buenas y se resiste a que lo saquen fuera de su zona de confort, no parece sostenerse de cara a las nuevas tecnologías de la comunicación y el entretenimiento: no hay joven o viejo que no se prenda adictivamente de estas

actividades. Parecería ser que cuesta muchísimo más cambiar una letra por otra, o una expresión idiomática por otra, que renunciar a las tecnologías del pasado e incorporar las nuevas formas de comunicación y diversión a nuestro día a día.

En el 2010, por citar un ejemplo, el organismo rector de las letras españolas (como es nuestro caso), aprobó quitarle unos tildes a ciertas palabras. Ese simple hecho desató, en su momento, ensayos y conferencias aclaratorias, y acaloradas confrontaciones entre quienes estaban a favor del cambio y los que estaban en contra. ¡Y hablamos de unos tildes!, imaginen cuando entre en juego la inteligencia artificial. Y con respecto a este punto, y para que vean que los cambios van más allá de convenciones y decisiones arbitrarias, un prestigioso editor amigo me dijo que no está lejos el día en que ellos reciban solamente manuscritos con errores: «será la única forma de asegurarse —me dijo casi como sofrenando un reproche— de que los textos hayan sido redactados por humanos».

Los más combativos aseguran que detrás de cada cambio, sea de la rama que sea, subyacen los intereses del poder, y dejar que se modifiquen formas de expresión en el lenguaje, sobre todo en lo relativo a masculino y femenino, implica un renunciamiento a ese lugar de privilegio que podría tener implicancia en otros órdenes de la sociedad.

Y es bien cierto que todo cambio significa un movimiento en las bases, un temblor de suelo que nos hace dudar hasta en dónde estamos parados, pero, ¡asumámoslo de una vez!, es parte de la vida y diferente para cada ser en la vida. Yo mismo me siento incómodo y desorientado cuando repaso

algunos conceptos que creía arraigados, definitivamente anclados en nuestra sociedad, como la solidaridad, el tesón y el compañerismo, y veo que se van diluyendo como humo en el aire y cada vez los utilizamos menos, y, en cambio, otros vocablos, como *ghostear*, *trol* o *baneo* (sin importar de que sean casi todos extranjerismos, ya que soy uno de los convencidos de que, para que la humanidad se entienda, primero debe entender el lenguaje), comienzan a poblar nuestra cotidianeidad aunque me cueste encontrar la correspondencia entre ellos y la realidad, y, definitivamente, nos guste o no, se van adhiriendo a nuestro ser como abrojos a la ropa.

La historia de la humanidad, al parecer, es la historia de una sucesión de sobresaltos y rupturas; por lo tanto, no debería extrañarnos que también en nuestra época se estén dando cambios, aunque lo verdaderamente desafiante sería intentar lograr que esos cambios fueran en favor de una humanidad más tolerante y de un planeta más saludable, no al revés.

Creo que aquella célebre frase y su razón, utilizada por los romanos o los griegos: *memento mori*, aplicaría también para todos nosotros, que deberíamos considerar, antes que nada, en disfrutar de la vida junto con sus cambios.

(1) El tema de la evolución del ser humano ya lo trató un autor amigo, oriundo del Salto Oriental, en una tesis comparativa: Creación vs. Evolución, pero creo que su libro ya fue descatalogado por improcedente.

7

El déjà vu le abre mis piernas
a un extraño
al que trasviste de ti.
Conoce mi hambre de ciclos,
sabe de mi ordenada locura
y de mi vocación por romperme
los dientes
al martillar piedras con la boca.

1

Muero un poco más cada sábado
cuando la falsa ambrosía
anestesia al hueso buitre de Adán.
Dios salve a las discípulas de Prometeo
que, para comer, antes son devoradas.
Con la práctica,
el llanto se hace trino,
eutanasia de un Fénix polar.

2

Las prostitutas somos Cristo.
Cristo poniendo la otra mejilla,
en subasta,
llevado al escarnio
—abuchean—.
Un halo de moscas circuncida tu sexo,
en las noches te llamas Salomé.
Cuídate de los que un tu útero lavan sus
manos
y muere desnuda en el bondage de la cruz,
sin pasaporte al cielo.

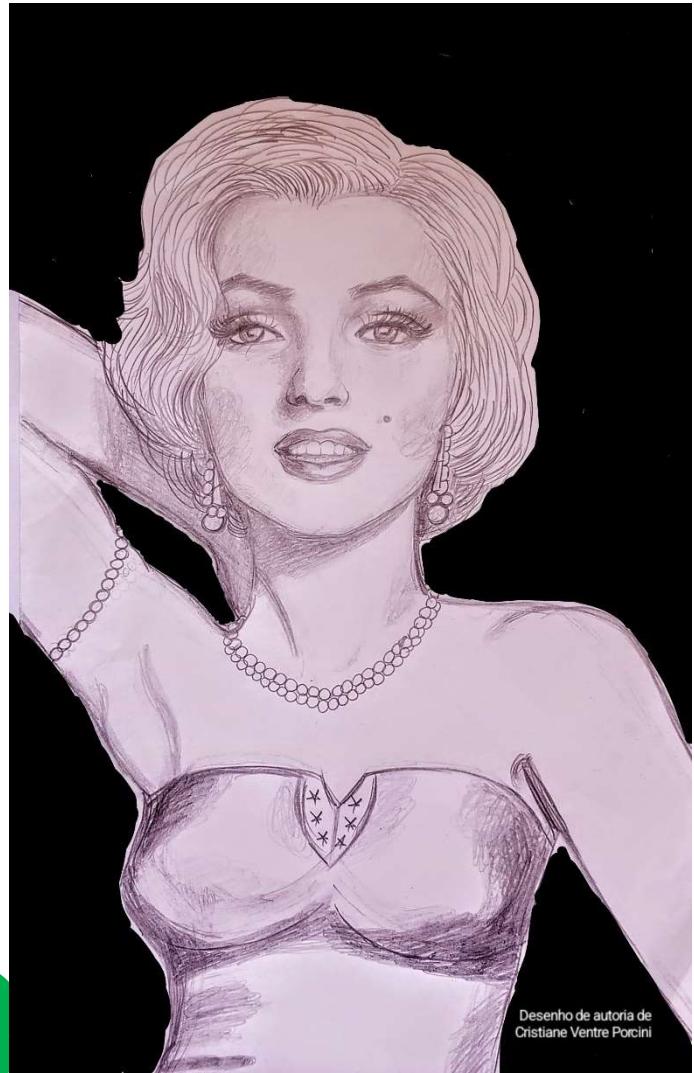
9

Me gustan los días grises,
los cielos a punto de llorar
o de escupirnos.
Las casas lamidas,
los charcos con los pelos de punta,
los origami como aletas de tiburón
que dejan los niños en el contén
a fin de protegerse

Amelia Apolinario

(Cuba)

EL RINCÓN DE CRISTIANE



EN EL BORDE DE LA MONTAÑA

-Truenos ensordecedores y vientos abominables, los susurros de la montaña para los hijos de la tierra. Blanco de la nieve, explosión sorda, ventiscas que castigan los cuerpos de quienes transitan en el baldío de las montañas.

El cazador había caminado envuelto en pieles que no soportaban el desalmado murmullo de los vientos helados, su nariz se había hecho roja en contraste con su carne pálida. Su cabello era un tumulto enmarañado por el frío. Y su rostro rodeado por la escarcha del hielo.

Con sufrimiento y pesar, se adentró en una cueva, abrazando su cuerpo por el incesante dolor que recorría su carne. Su estado no había sido nada en comparación con aquello que perseguía, el espectro que habitaba las montañas, el castigo de los hombres y devorador de animales.

Las huellas habían persistido entre la nieve, pero mientras transitaba sobre las gigantescas formas, en el cielo una tormenta se había anclado entre crepusculares nubes opacas; Nacida del norte, el rastro del espectro desapareció en la faz de los vientos.

Dentro del refugio de la cueva, en torno al oscuro sepulcro de muchos otros desafortunados que eran consumidos por la tierra, los esqueletos lo recibieron sepultados en sus propias siluetas. Miró a favor del viento, donde esbeltas sombras desaparecían y reaparecían en misteriosas formas de toda su visión, mientras el eco de su murmullo pretendía callar al crepitár de los esqueletos a sus espaldas.

Al abrir su boca, el aire se desprendió en claras oleadas de vapor blanco, y sus dientes chirriaron con el frío. El hielo se formó en colmillos translúcidos sobre sus labios donde su lengua rasgó. La sangre caliente fluía en su boca al saborear la esperanza, se cubrió con sus manos del fulgor interno de su cuerpo. Haciéndose una manta roja de su propia sangre.

Los esqueletos resonaron en su espalda, con temor giró al imaginar la vida que en ellos volvió, desprendiendo la daga de su cinturón y reluciendo contra sus manos en sangre. Los huesos repiquetearon entre ellos, y las calaveras miraban expresivamente a su rostro, de cuencas vacías y el mentón abierto, los cráneos burlaron a su destino.

La sangre se entremezcló con sus dientes, amarillos como el pus, de su mentón corría como una cortina, el calor comenzaba a envolverlo

mientras pasaba la daga entre sus manos.

Un oso resopló en el final de la gruta, el gemir de su letargo alertaba al cazador, en el pelaje de la bestia un nuevo interés halló. Miró hacia atrás, el viento sopló en dirección opuesta, donde las sombras se erguían en inclinación a la cueva... Parecían encerrar al cazador, donde las calaveras aun miraban a su expresión al burlarse con crueldad.

Callando a las risas de las calaveras, se arrojó contra el oso durmiente y colocó la daga contra su cuello, lo degolló al dormir y el animal despertó para ahogarse en su propia sangre. El filo cortó su carne y repasó un cruel dibujo contra su propio pelaje.

Al prolongarse la tormenta, un oso asomó la mirada fuera de la cueva, pero el animal bajo su piel era el cazador en los fluidos de su presa. Enviviéndose en la piel del animal, el cazador sintió calor en su helado cuerpo y una vez más buscó al espectro. Entre árboles deformes por la ventisca, los vientos movieron de lugar a los cuerpos naturales, cubriéndose en blanco; El cazador persiguió al aullido gutural y rabioso de algo desconocido entre la nieve.

Perturbado, alcanzó a rozar árboles en su último andar. Donde la montaña se perdía en la reunión que los árboles hicieron y, alarmados por la presencia

del hombre, se camuflaron entre la nieve. El cazador resoplaba y rugía, llamando a la criatura.

Y las bestias lo escucharon, lobos emergieron de la tela opaca natural, donde la naturaleza convertía la pureza de la nieve en la oscuridad de un día cegado. El cazador rugía contra los lobos y estos le devolvieron su sentir, el miedo precedió a su valentía por sobrevivir. Pero los árboles volvieron, presenciando el ataque de los lobos, al escabullirse de entre la nieve y contemplar a bellas criaturas que iban a ser destruidas por una bestia.

El cazador despedazó a uno de los lobos y lo alzó por encima de su cabeza, rugiendo y proclamándose rey de la montaña, parecía hacerse gigantesco ante los lobos y estos corrieron despavoridos. Gimiendo al huir, sus patas hicieron huellas que desaparecieron a favor del viento.

Victorioso, miró que los árboles aun atormentaban su visión, sin protestar al huir entre la nieve y la tormenta. Sus ramas susurraron al roce de sus propios cuerpos. Alargados y anchos brazos crecieron en los árboles, sus oscuras siluetas se deformaron sin mostrarse temerosos a favor del viento, y sus ojos lo miraron a él.

Soltando el cuerpo del lobo contra la nieve, mientras la blancura se teñía de carmesí, sintió pavor ante ojos

brillantes como zafiros. Y la figura se reveló de entre los árboles, prosperó al ponerse de pie y cruzó ante ojos del cazador. Gigantesca, la silueta era imponente, sus ojos se centraron en el cazador al mirar su pequeño cuerpo. El cazador se arrodilló y pidió perdón, pero la figura no reconoció el lenguaje del hombre. Inclinándose, sujetó al cazador, este sintió manos heladas sobre su carne... Un frío inenarrable que embistió a la tormenta. Alzándolo sobre su cabeza, el cazador miró hacia abajo, contemplando una boca que se abrió y reveló dientes como calaveras que se burlaban de él. Gritó despavorido al sentir su miedo consumir su carne, y la silueta lo llevó ante sus ojos donde se reflejó el espectro de un cobarde. El cazador miró a la criatura al sentir el sol asomarse de entre las nubes. Y la criatura era gigante, de piedra robusta como su pelaje, y de nariz ancha.

La bestia lloraba, sus ojos eran cristalinos por lágrimas de un gigante, y mostró en su mano al oso despellejado y al lobo despedazado. La bestia sollozaba y susurraba en un lenguaje antiguo. Pero el hombre no comprendía el lamento de la bestia, así como la bestia no comprendía la falta de humanidad en el hombre.

Pero lo que el hombre sí reconoció, fue el rugido en el estómago de la bestia... El hambre que esta sintió. Más

alarmante había sido, observar que la bestia enterró a los animales y solo se lo llevó a él... Habiendo desaparecido en la tormenta, habiendo sido consumido por la nieve.

Y el gigante de piedra caminó, sacudiéndose la tierra y la nieve bajo sus pies, dejando huellas que el cazador había reconocido. Las huellas de la presa que había perseguido. Su miedo lo desnudó, el frío lo castigó, y el espectro de las nieves lo consumió.

Con el viento susurrante, y la tormenta disipándose, la imponente silueta había desaparecido. Los animales aullaron al cerrarse el cielo para ocultar celosamente el sol. El palpitar de la montaña desapareció, el sucumbir de la tierra y la nieve acalló. Entonces, nadie volvió a escuchar del cazador.

Takumi Kurai
(Caracas)



La Mujer y la presión en temas de maternidad

Jonathan Luna

Nuevo León , México

La palabra mujer proviene del latín *mulier-ēris*. Las mujeres en la sociedad actual son un ejemplo de fuerza, inteligencia, dedicación y responsabilidad siendo capaces de superar las adversidades que se les impone en una sociedad desigual.

Colinas como elefantes blancos es un cuento hecho por Ernest Hemingway, ganador del Premio Nobel y uno de los grandes narradores del siglo XX. Fue publicado en 1927 y hasta hoy sigue confundiendo a muchos lectores ya que se necesita más atención de la habitual para descubrir el secreto de su trama, y es un gran ejemplo de lo que Hemingway llamaba “teoría del iceberg”.

En este texto acerca del cuento se abordará el tema de la mujer, principalmente la presión en temas de maternidad y aborto, siendo esto visto por medio la caracterización de los personajes del hombre y la mujer. Todo apoyado de las siguientes citas:

En realidad se trata de una operación muy sencilla, Jig —dijo el hombre—. En realidad no es una operación. / La muchacha miró el piso donde descansaban las patas de la mesa. —Yo sé que no te va a afectar, Jig. En realidad no es nada. Sólo es para que entre el aire. / La muchacha no dijo nada. —Yo iré contigo y estaré contigo todo el tiempo. Sólo dejan que entre el aire y luego todo es perfectamente natural. —¿Y qué haremos después? —Estaremos bien después. Igual que como estábamos. —¿Qué te hace pensarla? —Eso es lo único que nos molesta. Es lo único que nos hace infelices. [...] —Y si lo hago, ¿serás feliz y las cosas serán como eran y me querrás? —Te quiero. Tú sabes que te quiero. —Sí, pero si lo hago, ¿volverá a parecerte bonito que yo diga que las

cosas son como elefantes blancos? —Me encantará. Me encanta, pero en estos momentos no puedo disfrutarlo. Ya sabes cómo me pongo cuando me preocupo. —Si lo hago, ¿nunca volverás a preocuparte? —No me preocupará que lo hagas, porque es perfectamente sencillo.

(E. Hemingway, s.f.)

La dinámica de la relación se manifiesta en los diálogos, donde el hombre minimiza la importancia del procedimiento y busca influir en la decisión de Jig por medio de la manipulación. El hombre intenta persuadir utilizando epítetos tales como "sencillo" y "natural" además de comunicar que la única manera de recuperar la felicidad y la estabilidad en su relación es a través de esta intervención “Eso es lo único que nos molesta. Es lo único que nos hace infelices.” “Me encantará. Me encanta, pero en estos momentos no puedo disfrutarlo.”

Mientras que el hombre insiste en que la operación no hará nada, más que mejorar las cosas, Jig expresa indirectamente su miedo y su deseo de ser comprendida. “La muchacha miró el piso donde descansaban las patas de la mesa.” “La muchacha no dijo nada.” Su silencio y la forma en la que evita la mirada del hombre sugieren una lucha interna entre su deseo de complacerlo y sus propias emociones respecto a la maternidad/operación.

El silencio de Jig no es pasividad, sino una forma de resistencia frente al lenguaje manipulador del hombre. Su mirada hacia el suelo simboliza el peso de la decisión que no puede articular con palabras. La conversación gira en torno a un procedimiento que no se menciona de forma directa, pero el centro del conflicto no es la operación en sí, sino la incapacidad de ambos personajes para comunicarse de forma honesta y profunda. Esto marca la distancia entre ambos: mientras Jig parece estar procesando la posibilidad de algo nuevo o transformador, el hombre insiste en mantener el statu quo.

Para el hombre, no representa más que una carga, un obstáculo que impide seguir con la vida que han llevado hasta ese momento, busca una solución práctica y rápida, mientras que

ella sabe que cualquier decisión tendrá consecuencias emocionales profundas. Él desea "volver a estar bien", pero ella ya no está segura de que eso sea posible.

La estructura del diálogo refuerza esa falta de entendimiento. Las frases del hombre son cortas, repetitivas y están cargadas de certidumbre. "Es perfectamente sencillo", dice, como si al repetirlo varias veces pudiera convencer no solo a Jig, sino a sí mismo. En contraste, las respuestas de ella son ambiguas, a menudo marcadas por el silencio o el desvío de la mirada. Ella no discute de forma frontal, pero sus intervenciones plantean preguntas que él evita responder, como cuando le pregunta: "¿Y si lo hago, serás feliz?" El hombre responde que la ama, pero no responde verdaderamente a la pregunta. Hay una desconexión emocional en sus palabras: él ofrece promesas vagas, pero nunca aborda el verdadero temor de ella.

Es importante destacar que la conversación se desarrolla mientras beben cerveza. Este detalle subraya la banalidad con la que él enfrenta un asunto profundo y doloroso. La bebida se convierte en una distracción, una forma de evitar la intensidad del momento. Para Jig, sin embargo, es evidente que la decisión no puede tomarse a la ligera. Ella no se niega a la operación, pero tampoco está convencida, lo que indica que su consentimiento está condicionado, más por la presión emocional que por una convicción real.

El relato termina sin una solución, lo que intensifica el vacío y desconexión. El lector no sabe qué decidió Jig, pero sí sabe, con claridad, que la relación está rota, no por la operación en sí, sino por la incapacidad del hombre de ver y validar los sentimientos de su pareja. Hemingway no habla solo del aborto, sino de un tema más amplio y universal: la soledad que hay en una relación cuando las palabras se usan para evitar, y no para comprender.

Hemingway retrata la realidad que muchas mujeres han enfrentado: la falta de autonomía en decisiones relacionadas con su cuerpo. A pesar de todos los cambios sociales, la discusión del derecho a decidir sobre la

maternidad sigue vigente en la actualidad. Jig representa a muchas mujeres que se han visto obligadas a tomar decisiones bajo la influencia de otros, este cuento es una reflexión sobre el papel de la mujer en la sociedad y sus desafíos. *Colinas como elefantes blancos* no solo es un relato sobre una pareja discutiendo de procedimiento médico, sino una exploración de las dinámicas de género y la lucha interna de una mujer que enfrenta una decisión trascendental. Hemingway, con su estilo entre líneas, plasma un tema tan complejo, y cuestiona las expectativas impuestas a las mujeres en temas de maternidad y aborto. La mayor parte del significado del relato queda implícito, Hemingway expone una visión indirecta pero compleja en temas que siguen siendo de gran relevancia en la sociedad actual.

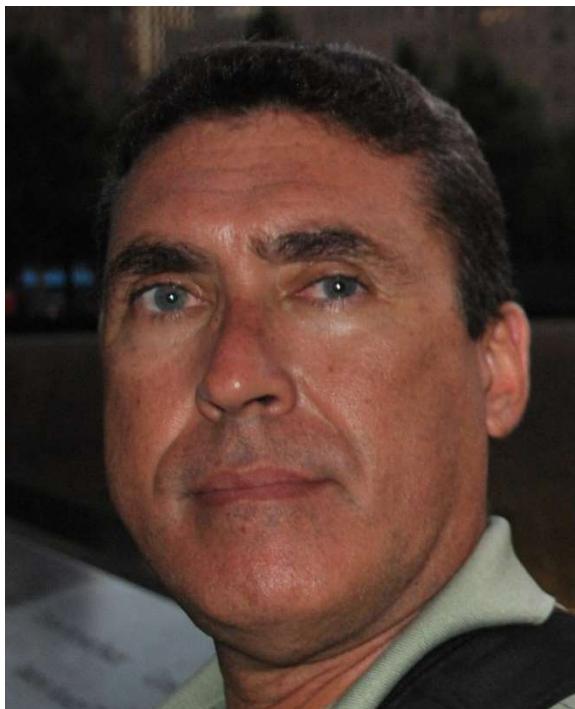
Colinas como elefantes blancos — Las Historias | Alberto Chimal. (2018, April 10). Las Historias.

Gerald R. Ford Leadership Forum. (2023, July 19). Hemingway's "Hills Like White Elephants" and Two Notions of the Good Life - Gerald R. Ford Leadership Forum. *Gerald R. Ford Leadership Forum - Honoring Gerald Ford's Legacy.*

Hills Like White Elephants. (n.d.).

Shakely, T. (2023, December 22). Ernest Hemingway's "Hills Like White Elephants" and abortion's violent and coercive nature in every time and place - Americans United for Life. Americans United for Life. <https://aul.org/2021/07/26/ernest-hemingways-hills-like-white-elephants-and-abortion/>

The European Conservative. (2023, September 3). "Lost by Something": Hemingway and Abortion. *The European Conservative.* <https://europeanconservative.com/articles/essay/lost-by-something-hemingway-and-abortion/>



La Galería Jose M. Hernández Glez

Cabeza de caballo



Hermanos de colores

La mano del Sol



¿Es un vicio, negocio, o es el futuro?



Un día una agente literaria, que también es editora, que también es correctora, que también es escritora, que también es ama de casa, y que de seguro en su tiempo libre adquiere, hoy día, su novena maestría en comillas españolas y apóstrofo, me dijo: "Mmm, pues, verás, lo que buscan las editoriales actualmente es que el escritor novel no pierda tiempo en descripciones" (a lo que yo hubiera alegado que era narración, pero no lo hice). "Lo mejor es siempre entrar directo a la acción; que el ritmo sea veloz, veloz; que el lector se enganche en todo momento; de principio a fin". "Distintas voces narrativas podrían confundir al lector; quizás podrías simplificarlo; cortar esa parte" (tijera aquí, y allí, y allá también). "Ah, y qué mejor si le quitas la mitad de la extensión para que me cueste menos postularte". De modo que me di cuenta de que, frente a quién estaba; con quien entablaba una conversación por correo electrónico, no era una profesional del mundillo editorial que quisiera comprometerse con cierto rigor literario, el que un soñador medio patético como yo anhela, sino con los muy inescrupulosos intereses empresariales de grandes corporativos destinados solo y nada más que a vender. Vender y vender sin importar cómo, ni de quién, ni por qué.

Ahora, sé que esto suena muy resentido de mi parte, y quizás sea así porque lo es, pero al mismo tiempo admito que, pues, así funciona ese ambiente editorial, y está bien. Que tanto buscan un poco de talento como también la clave para anotarse un éxito de mercado, porque son una empresa, un negocio. Con trabajadores en sus oficinas que cobran un sueldo, con un edificio cuyo alquiler debe ser costeado, y con servicios domiciliados que, como el anterior, cada mes se renuevan. Entiendo todo eso, y entiendo que por ello sea estrechísimo el margen para los escritores con poca intención de volverse superventas, aclamados por las masas y perseguidos para que otorguen sus autógrafos y dedicatorias en una guarda de su libro, tapa dura, fajilla encerada y con cantos pintados. Lo entiendo por completo, sin embargo, más allá del resentimiento de medir ese espacio tan estrecho que no sobrepasa los pocos milímetros de ancho para cinturas de elefante, no se debe pasar por alto que son los lectores quienes dictan qué se venden y cuánto se vende, porque consumen con la imperiosa necesidad de colecciónar los ejemplares, de verlos muy bonitos y formados en sus estanterías, y de

presumirlos en sus redes sociales con anteojos, café y una mueca de Platón analizando la república. Y no se debe pasar por alto porque ni siquiera esos lectores, con una capacidad consumidora que no hay por qué encontrarle una esencia capitalista y yanqui, lo pasan por alto. Comienzan a darse cuenta, lento, muy lento, de que las grandes editoriales les ofrecen preciosas cubiertas colecciónables a precio de media canasta básica, pero con terribles trabajos de traducción dentro, pésimo material en su papel y pésimo entintado (una edición y maquetación de mierd...).

¿Se lo merecen? ¿De verdad merecen esa calidad de material enmascarada que a la vez refleja la calidad sustancial del texto? Al querer tanto contenido genérico; al exigir tanto de lo mismo pero con portadas coloridas, ¿el reciclado no solo de ideas, sino de materia prima, es la única forma de sostener la demanda voraz? Pareciera que sí. Pareciera que les ha llegado la hora de sufrir los efectos de la codicia empresarial expuesta hasta en los materiales y en su personal revisor, pero costosa para no evidenciar que casi ofrecen basura aseada a medias. Muchos de nosotros, lectores habituales, odiamos las ediciones de bolsillo por los materiales tan deficientes con los que están hechos, y el tamaño de las letras, su espaciado, los márgenes, y por las puntas de sus tapas maltratadas, pero no vemos otra opción que consumirlos porque, por ejemplo, no existe otra edición más digna en la cual podamos leer a Tony Morrison, a Thomas Pynchon o a Philip Roth. Porque, como la excelencia literaria hoy en día no importa, la prioridad es invertir todos los colores de la imprenta en la nueva historia de Romantasy, y no en obras imprescindibles de los semejantes autores recién referidos. Lo que importa es cuánto morbo se puede despertar en el alma del lector común, el de la masividad; y ya existe un morbómetro que se mide a razón de cero a cinco chiles (*spicy*). Entre más, mejor; más explícito y presente en menos de cada diez páginas. No importa que no se usen adecuadamente las comas, los puntos suspensivos, las mayúsculas, las sangrías o el lenguaje. Basta con que no se repitan tanto los adjetivos adverbializados con el sufijo “mente” y, listo, el *influencer* se vuelve autor *best seller*. Y el público juvenil lo amará, y se le llamará a su texto literatura, e irá a ferias del libro, y concederá fotografías a sus fans, y pronto traerá la segunda, tercera, cuarta y quinta parte de su saga. Por los autores comprometidos con el rigor literario no nos preocupemos demasiado. Tendrán un estante pequeño al final de la librería. Quien los quiera, los buscará, y por allá en las sombras los podrá encontrar. El mundo editorial funciona y funciona bien. Es perfecto, sin fisuras.

Emmanuel Solano Argüello